

Biblioteca y Museo

Don Sep 20/42

Entre las cuestiones, todas de verdadera trascendencia para la educación y la cultura nacionales, que trató el señor ministro de Educación con el Honorable Presidente de la República el pasado jueves se incluyó el viejo proyecto nunca realizado de la instalación decorosa, en edificio adecuado y digno, de la Biblioteca Nacional y el Museo, instituciones hoy heréticas, desconocidas, casi inexistentes y de las que ni los ciudadanos se acuerdan ni merece la pena hablar a los forasteros porque en nada nos prestigian.

El señor Vasconcelos parece decidido a que se haga el edificio apropiado para ambas instalaciones y ha prometido la construcción del edificio donde ahora se halla esa lamentación instalación del mercado de «El Polvorín».

La idea nos parece excelente porque se trata de un bello edificio del que pueden y deben aprovecharse las cuatro grandes fachadas que, por ser de piedra, tener un acusado carácter de época y belleza de líneas, ofrecen facilidades a una reconstrucción mucho más económica que un edificio nuevo y en cuyo interior pueden los arquitectos instalar adecuadamente, con toda comodidad y gusto modernos, esas instituciones del Museo y de la Biblioteca.

Es notoria la doble ventaja de adecentar esa parte visible y céntrica de nuestra población, vecina del Palacio Presidencial, con la retirada del ruinoso y maloliente mercado, y de embellecer el sitio con un edificio de gallardas líneas coloniales, bien remozado y con destino a la más culta devoción de un pueblo (su historia y su cultura) por lo cual merece plácemes y estímulos el señor Vasconcelos, y los tendrá el Gobierno todo en la satisfacción general que reflejamos con estas lisonjeras expresiones.

Pero conviene recomendar que, al hacerse nuevos Biblioteca y Museo, también se renueven los procedimientos y concepciones de tales centros, que no pueden ser tumba de libros y cementerio de ruinas del pasado, sino cosa latente y viva que entre de lleno en la circulación vital de sentir y pensar de la nación.

No debemos ocultar que hay el criterio (confirmado por quién sabe qué amargas realidades) de que los libros de la Biblioteca Nacional han merchado, pero todo ello puede y debe evitarse para el futuro con una organización cuidadosa que, al par que brinde facilidades a la contemplación y al estudio, se reserve garantías de conservación.

Porque si bien opinaba Don Ramón del Valle Inclán que debía dársele un premio al que se robara un libro por el amor al saber que tal delito representaría, una colección nacional que aspira a engrandecerse y completarse todos los días, y no a disminuirse, ha de ser cosa tan fácil para el préstamo ocasional como imposible al hurto, por muy imbuído de devociones que fuere.

Una biblioteca eficaz ha de tener fácil acceso, con las puertas amplias en invitación constante a la ciudadanía investigadora, instalación suntuosa que invite al respeto, mobiliario cómodo y confortable como lo exige la perspectiva de las horas de lectura, meditación y trabajo, silencio ambiental, ficheros bien ordenados que orienten certeramente hacia los autores y las materias, etc., etc.

Y el Museo no ha de ser un almacén anárquico de residuos del ayer, sino lugar donde comparecen los testimonios de una vida que fué, donde los hombres del pasado dejaron su espíritu y en cuya colocación han de presidir un claro sentido de la valoración jerárquica, un orden cronológico y una estimación devocional, para ofrecerse todo a la admiración de propios y extraños, como enseñanza a los que estamos y han de venir (sin cuya misión la Historia no tendría valor alguno) que exige una cuidadosa y sabia disciplina.

Estas condiciones, más que ninguna otra de índole material, serán las que avaloren, hagan útil y justifiquen el nuevo edificio. Y como para ellas es indispensable la capacidad y muy importante la prestancia arquitectónica, creemos que el palacio que hoy contiene la tumultuosa y abigarrada colmena de los vendedores de frutos, pescado y mercaderías del comercio menor, bien puede ser templo de nuestra Historia y abrevadero de nuestra cultura embelleciéndolo, bien instalándolo y abriendo sus puertas a toda la ciudadanía capaz de una devoción al ayer histórico, o de un ansia por la cultura de mañana.

M. Sep 20/42

